

Obituario

Adiós a Emilio Sierra, el decano de la profesión

El 31 de julio, falleció uno de los traductores más emblemáticos de nuestra institución. Emilio Sierra se fue dejando una carrera intensa y sus huellas en la fundación, desarrollo y crecimiento del Colegio. La comunidad de los traductores públicos lo despide afectuosamente. Dos colegas lo recuerdan a través de su obra y su persona.

Traductor, escritor, docente; testigo y protagonista; colaborador y constructor de las estructuras pioneras del CTPCBA. Todo eso fue el traductor público Emilio Sierra, quien nos dejó el 31 de julio.

Un breve repaso biográfico señala que Sierra egresó de la UBA como traductor público nacional de idioma inglés. También fue traductor y jefe de la División Traducciones de la Prefectura Naval Argentina. Ejerció la docencia en la Universidad Católica Argentina y en la Universidad del Salvador. Tradujo unos cuarenta libros para importantes editoriales argentinas y fue autor, entre otros trabajos, de un glosario técnico de psicología y pedagogía, y también del diccionario *¿Qué significa esta bendita palabra?* Además, escribió diversos artículos profesionales y pronunció conferencias sobre temas relacionados con la traducción y la interpretación.

Sierra fue presidente del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires entre 1982 y 1983, y presidente del Tribunal de Conducta desde 1986 hasta 1990. En los festejos del Día del Traductor de 2011, fue distinguido como «decano de la profesión». Ovacionado por los presentes y muy emocionado, habló ante el auditorio y recordó anécdotas de



una vida entera entregada la profesión. También se le brindó un distinguido reconocimiento al bautizar con su nombre la sala de matriculados del subsuelo de la sede de Avda. Corrientes del CTPCBA.

«Siempre me gustaron los idiomas y la traducción. Terminado el secundario, me orienté hacia otras carreras que no resultaron de mi agrado. Finalmente,

se me ocurrió estudiar el traductorado público en la Facultad de Ciencias Económicas, donde se cursaba entonces la carrera», contaba Sierra en una entrevista publicada en la *Revista CTPCBA* de marzo de 2009. Cuando se recibió en diciembre de 1958, este Colegio no existía. Funcionaba entonces el Colegio de Traductores Públicos Nacionales, fundado en 1938. En 1962, Sierra se incorporó al Consejo Directivo y desde entonces trabajó en la idea de lograr la sanción de una ley que reglamentara el ejercicio de la profesión, creara un colegio de traductores públicos y administrara la matrícula. Sierra, como muchos otros colegas, se matriculó en la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Civil de la Ciudad de Buenos Aires. El traductor recordaba en la entrevista que, en los años previos a la creación del CTPCBA, «nadie quería tomarse el trabajo de formar parte del Consejo; integrar una boleta electoral para dar cumplimiento al requisito de presentar listas de candidatos era una tarea muy difícil». Y agregaba: «Los que habíamos participado en la prolongada lucha, para que fuera aprobado el proyecto de ley que presentábamos ante todos los gobiernos de la época, sentíamos orgullo de ser miembros del Consejo Directivo, aunque fuera tiempo de trabajo que debíamos restarles a nuestras actividades y familias, por supuesto, *ad honorem*».

Sierra también traía al presente los comienzos: «... los miembros del Consejo Directivo éramos todos del mismo palo y solíamos tomar las resoluciones de común acuerdo. El Colegio fue creciendo poco a poco, había escasos recursos. Heredamos del viejo CTPN la primera sede propia en Corrientes 1250, el mobiliario, la biblioteca, el personal administrativo, la afiliación a la Federación Internacional de Traductores; es decir, el CTPCBA comenzó su vida con un capital heredado, ya que el CTPN, en asamblea, resolvió disolverse, puesto que no se preveía que los traductores públicos estuvieran dispuestos a pagar la matrícula y la cuota anual del Colegio actual, y además contribuir con otra cuota para mantener al CTPN. Igualmente se decidió donar todos los bienes antes descriptos al nuevo

Colegio. Los hechos desde esa época indicaron que nuestra resolución de aquel momento fue acertada. A principios de los años ochenta, empezaron a surgir otras listas que competían en las elecciones, tal como en el presente».

«Siempre mantuve y mantengo un cariño muy grande por este Colegio, que supera cualquier sinsabor que pude haber sufrido. Nunca falté a las asambleas, a los actos que realizaba el Colegio. Mi presencia aquí, independientemente de quién lo gobernara, nunca fue un hecho político, yo iba a MI Colegio, el que ayudé a engendrar, nacer, criar y desarrollar».

El primer día de actividad, el 1.º de enero de 1975, fue muy importante para Sierra: «... el día que publicamos nuestra primera gacetilla informativa. El día en que fui elegido presidente. El día cuando el Colegio me publicó mi diccionario. Y otros recuerdos que harían larga esta charla. En resumen, yo siempre estuve presente en todos los actos del Colegio, aun cuando ya no ocupaba ningún cargo. No fui una “estrella fugaz” que duró un período, se alejó cuando terminó su mandato y nunca más volvió».

Antes de finalizar aquella entrevista, le preguntamos si le hubiera gustado seguir participando del Colegio y contestó: «No, ahora que lo hagan los jóvenes sanos y fuertes. No obstante, estoy siempre dispuesto a ofrecer mi consejo si me lo piden». Sin embargo, volvió y realizó las últimas actividades como integrante de la Comisión de Eméritos.

Nunca abandonó la profesión ni la pasión que envuelve la traducción. Fue un traductor de tiempo completo.

Una huella perdurable

La traductora pública Claudia Martel comenzó a participar en listas de discusión de traductores en el año 2000 y allí inició un diálogo virtual personal con el traductor Emilio Sierra, que nunca terminó, según las propias palabras de la colega que vive en Mendoza.



«A fines de ese año [2000], viajé a Buenos Aires y el traductor Sierra me recibió en su estudio —rememora Martel—. Me regaló algunos de sus libros y me trató con mucho cariño, como a una verdadera amiga. Tengo una foto de ese encuentro. Recuerdo que me mostró libros y fotos importantes para él. Después vinieron muchos encuentros más, tanto en Buenos Aires como en Mendoza. Vino dos veces a esta ciudad con Marta, su compañera. Lo recuerdo vehemente, siempre con fuerzas para discutir y compartir sobre su vida y la profesión. La última vez que lo vi fue en nuestro V Congreso. Qué alegría le dio verme. Y a mí, verlo a él».

«Sierra era una persona recta, con firmes principios, apasionada por la vida profesional. Tenía gran facilidad para relacionarse con los jóvenes. Se mostró siempre muy interesado por la realidad de los traductores del interior del país y le gustaba seguir de cerca los vaivenes legislativos para la aprobación de la ley provincial mendocina. Recuerdo que, cuando se sancionó, me mandó un afectuoso mensaje».

Finalmente, Martel recuerda que a Sierra le encantaba hablar sobre los comienzos del CTPCBA. «Sus consejos para la fundación de nuestro Colegio fueron siempre inspiradores para mí. Hoy podemos decir que nuestro Decano marcó una huella que perdurará para siempre en nuestra historia institucional», concluye.

Un líder responsable

La traductora pública Ernestina Algañaras Naughton recuerda con aprecio y respeto a su colega Emilio Sierra, con quien compartió la Comisión de Traductores Eméritos.

«Con Sierra compartí la tierra de origen —recuerda conmovida la traductora Algañaras Naughton—. Luego de recibirme, un día alguien hizo sonar el timbre de mi casa de Junín y allí estaba él, a quien no conocía y que venía a preguntarme cómo había hecho la carrera. Le expliqué y le di todos los apuntes y el material que tenía para que comenzara. El resto es historia conocida».

En el aspecto personal, la colega señala: «De su persona, lo recuerdo como un señor serio y muy reconcentrado. Conocí a su esposa, con quien una vez visitó una muestra de pintura mía. Era muy atento».

En lo profesional, subraya: «Entiendo que trabajó mucho para el Colegio, con una vocación de liderazgo favorecida por la facilidad que el hombre tuvo en esa época. Siempre lo noté muy involucrado con los temas de la profesión. Creo que el rasgo más saliente de su personalidad fue el grado de responsabilidad que mostró».

Y sobre su figura como profesional, señala con un gran reconocimiento: «No lo puedo calificar como traductor, me parecería una falta de respeto». Y concluye: «Su partida fue muy sentida y desfilaron en mi mente imágenes de aquí y de allá sobre tiempos compartidos». ■